

INTI: Revista de literatura hispánica

Number 95
Volumen 1, 95 (2022): *Paradigmas de la
Actualidad Poética*

Article 41

2022

Mi Aleph

Logan Chin
Brown University

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Chin, Logan (August 2023) "Mi Aleph," *INTI: Revista de literatura hispánica*: No. 95, Article 41.
Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss95/41>

This Borges Interleído en el Aula is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in INTI: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

Mi Aleph

Logan Chin

Una invitación ha llegado para mí. Veo una letra fluida que captura mis ojos. Abro el sobre con las tijeras y saco la carta: “Venga a Buenos Aires. Le esperamos en dos semanas... no tarde en llegar.” Qué rara dicción. Sigó leyendo: “Es necesario que vea algo aquí. Es sensitivo temporalmente.” ¿Dos semanas? Será imposible viajar entonces, por la Navidad ¿Qué hago?

“En breve, recibirá un billete de avión para un vuelo a Buenos Aires el 27 de diciembre. Nos vemos. -E.A.” Dejo la carta sobre la mesa del comedor. Ésta debe ser una broma, y yo soy la víctima. Es mejor que me olvide de esto y continúe estudiando y preparando mis exámenes y trabajos finales. Para mi clase de español, debo escribir un ensayo final en el que se logre comparar un tema a través de unas obras del escritor argentino famoso, Jorge Luis Borges.

Luego, coloco mi portátil sobre la mesa y lo enciendo. La pantalla satinada parpadea con una luz gris, y los ventiladores zumban fuertemente, expulsando un aire cálido que me acaricia las manos. Me levanto de la silla de madera con almohada de lino tejido beis para preparar un té que me va a acompañar durante mi trabajo.

En seguida, entro a la cocina revestida con mostradores de granito natural, los cuales poseen un patrón que evoca la piel de leopardo. Relleno el hervidor eléctrico con agua del grifo, y agarrando el mango de plástico negro, lo pongo sobre el pedestal y aprieto el botón para encenderlo. Saco una taza de cerámica vidriada y la pongo al lado del hervidor eléctrico. Abro un cajón y saco la caja que contiene las hojas de té *pu er* y quito la tapa, relevando la galleta de té tostado. Rompo un pedacito de la galleta castaña de *pu er* y lo dejo caer dentro la taza y, después, espero que hierva el agua. Oigo el burbujeo vigoroso del agua

caliente que casi está a su punto de ebullición.

TAC. El hervidor ha detectado el agua hirviendo, así pues, tomo el recipiente para verter el agua sobre las hojas de té dentro de la taza vidriada mientras el vapor flota hacia arriba, empañando mis anteojos. Termino vertiendo el agua y giro la taza para separar las hojas, y veo los penachos marrones emitidos por las hojas. Recojo la taza y vuelvo al comedor, donde está mi portátil zumbando, me siento en la silla y coloco mi taza de té al lado de mi computadora.

Paso unas horas sorbiendo el té y escribiendo el trabajo final para la clase de español de Borges. No termino con el trabajo, pero ya es tarde y debo preparar la cena. Tomo el sartén rojo escarlata, añado aceite de canola y enciendo el fuego. Corto algunos dientes de ajo y un chalote y el fuerte olor hace que mis ojos ardan. Añado dichos ingredientes y estos empiezan a chisporrotear, llenando la cocina con la fragancia acre. Respiro profundamente y los frío hasta que tengan el color marrón dorado. Saco el pulpo del cuenco en el que estaba descongelando, que puse en el fregadero antes de salir. Lo añado al sartén también, una acción que provoca aún más chisporroteos. Añado un poco de vino de cocina y tapo el sartén, para después dejarlo estofar a fuego medio-bajo. Subo al baño para bañarme y luego bajo para comer el pulpo. Finalmente, me cepillo los dientes y me acuesto.

Una semana después, una carta nueva llegó para mí. Reconocí esa letra. Esta vez, fue un sobre de manila. Lo corté con tijeras para abrirlo, y leí la carta: "Como avisamos, con esta carta viene el billete de avión para el 27. Prepárese."

Sacudí el sobre, y el billete de avión cayó sobre la mesa. Era un billete de Aerolíneas EA, una aerolínea que nunca he conocido. Y era de primera clase - "qué alivio," me dije, "porque el vuelo durará doce horas." Abrí mi portátil para verificar este vuelo desde Providence a Buenos Aires. Y resultó que sí existía, pero tenía solo un vuelo, que era el mío, el 27 de diciembre.

Entonces era cierto, auténtico, verdadero, real. Yo tenía un vuelo el 27 a Buenos Aires. Tenía que reorganizar mi horario, y embalar mi equipaje para prepararme.

Mis padres me llevaron al aeropuerto. Hice fila para la facturación, listo para pesar mi maleta y dejarla con el personal. No obstante, cuando hablé con el agente de facturación, me dijo: "por ser un vuelo de tipo especial, no tomamos su maleta aquí y podrá llevarlo con usted al avión."

Me indicaron un corredor aparte del corredor principal, sin un control de seguridad. En ese momento me di cuenta de que esta aerolínea era privada, y la persona o la organización que me invitó a Buenos Aires debía ser rica y/o poderosa. Caminé por el corredor hasta el hangar con el avión, un jet blanco y estilizado con dos motores a cada lado.

Abordé el avión y vi un interior completamente tapizado con cuero. Dejé mi maleta en una cámara que era como un guardarropa, y entré a la cabina principal.

Había seis asientos, tres a lo largo de cada lado del avión. Cada asiento tenía su propia ventana que era de vidrio reforzado, en lugar de ese tipo de plástico que se encuentra en los aviones comerciales. Me senté en el segundo asiento a la derecha, y esperé para el despegue. Sentado en ese asiento tan blando y exquisito, sentía el sueño acercándose. Mientras me deslizaba hacia el sueño, me di cuenta de que el billete no tenía las horas de partida y llegada, pero abruptamente, me quedé dormido.

Cuando me desperté, ya estábamos a la altitud de crucero, y un almuerzo espectacular me esperaba gustosamente, encima de una mesa que no había notado antes. Hubo una ensalada de rúcula y tomates uva maderos, con un chorrito de aceite de aceituna; una taza de yogur cubierto con frutas frescas y miel; una botella de agua fría recubierto con condensación; y el plato principal que fue, curiosamente, el pulpo guisado que me gusta preparar en casa.

Recogí el tenedor de latón y empalé unas hojas frescas de rúcula, y un tomate uva. Comí este bocado, y, al masticarlo, sentí el ligero picor de la rúcula, y la pequeña explosión ácido, dulce, y *umami* del tomate. Con tres bocados más acabé la ensalada. Tomé unos sorbos de agua después, que me parecieron fantásticos para refrescar el paladar. Luego comencé a comer el pulpo guisado. Quité completamente la tapa de papel de aluminio, soltando una columna abundante y rizada de vapor. Masticando el primer bocado, me di cuenta de que estaba un poco salado, por lo que iría bien con el arroz blanco. Levanté el plato cerámico blanco y encontré un bote de metal con arroz caliente, al estilo coreano. Rápidamente, con las puntas de los dedos, quité la tapa y tuve acceso al apetitoso contenido. Fue un plato rápido, con un bocado de pulpo tras otro bocado de arroz. Al fin llegué al postre el yogur con frutas. La cremosidad del yogur con las bayas vibrantes y agridulces, y la nota dulce de la miel, borraron los fuertes sabores del plato principal. Al fin, yo tomé el líquido restante, sintiendo el agua fría glacial migrando hacia abajo, desde la garganta hasta el estómago.

Al terminar con mi almuerzo, miré alrededor de la cabina y no vi a nadie. Parecía que, encantado por la comida, ¡ni siquiera levanté la cabeza para notar mi entorno! “Qué raro,” pensé, “que no hay nadie en este vuelo, menos yo. Esto es un consumo desmedido de combustible para aviones. Qué pena.”

Miré por la ventana, y vi las numerosas nubes difusas y esponjosas que rodeaban el avión, envolviéndonos en una niebla mística. De repente, sentí una presión curiosa en mi cabeza y mis oídos. Habíamos empezado el descenso.

Sabía que no había dormido por tanto tiempo, y vi que los vuelos duran al menos doce horas. Apenas terminé con mi almuerzo y ¿ya nos

acercamos a Buenos Aires? “No es posible,” Dije en voz alta. “¿Qué está pasando?” susurré .

De verdad, el avión estaba bajando. Las nubes que nos rodeaban parecieron ascender, hasta que salimos de ellas. Pude ver la tierra – Argentina, la tierra de plata.

Aterrizamos y yo desembarqué del avión. Curiosamente, la puerta se abrió desde afuera, pero cuando salí del avión con mi maleta, no había nadie. Inmediatamente, el calor fuerte y la humedad sofocante me envolvían. Atravesé hemisferios – entonces, también atravesé estaciones y ahora es verano. Tiré la cremallera de la chaqueta que tenía puesta en previsión, y me la quité para enfriarme. Había un carro negro, como limusina corta, de marca desconocida, que supuse fue para mí. Cuando acerqué, el chofer, visto en un traje negro como el carro, salió del vehículo y me abrió la puerta. Le dije “gracias,” y caminé hacia el carro. Me senté en el asiento, y empecé a levantar la maleta para traerlo en la cabina del carro también, pero de repente, sentí otra fuerza levantarla. Él chofer la tomó y la colocó en el maletero del carro. Volvió a entrar al carro, se sentó en el asiento del conductor, y empezó a conducirlo.

Le saludé: “Hola, buenos días, me llamo Logan, encantado de conocerle.” Pero no me respondió.

Qué raro, pensé. Miré por la ventana de cristal tintado, pero solo vi unos árboles. De repente, experimenté ese raro sueño como en el avión. Mi último pensamiento, antes de rendirme al sueño, fue: ¿cómo sería posible?, ya dormí mucho en el avión. Ojalá que esto no sea un complejísimo plan de secuestrarme...

En el siguiente momento, cuando me desperté, el carro estaba frenando en frente de un hotel. Se llama “L´Albergo Magnifico e Ospedaliero,” que vi en su frente. Qué curioso, pensé, ¿“L´Albergo Magnifico e Ospedaliero”? eso sería “El Hotel Magnífico y Hospitalario” en español- ¿No estaría de sobra? - ciertamente un hotel tiene que ser hospitalario.

Yo salí del carro y el chofer también salió para sacar mi maleta del maletero. Le dije “Gracias,” y empecé a extender mi brazo para llegar a mi billetera y así, darle al chofer una propina, pero sin ni siquiera un momento para respirar, él volvió al carro y manejó rápidamente. Qué raro, pensé.

Mientras caminaba para entrar el hotel, me di cuenta de que ya me había dicho a mí mismo muchísimas veces esta frase “qué raro,” y me dije “Diría ‘qué raro,’ pero eso parecería demasiado cliché.”

Caminé hacia donde estaba la recepcionista. “Buenos días, soy Logan Chin y creo que tengo una reserva aquí para una habitación.” Le dije.

“¿Usted es Logan Chin?! Buenos días, señor. Su habitación está lista, es la Suite Palacial. Por favor, siga a Carlos que le va a guiar hacia su habitación. Esperamos que su visita sea cómoda, y si necesita cualquier cosa, no dude en avisarnos,” dijo, casi sin aliento, “Por favor, tenga su tarjeta de llave.” Ella la deslizó a través del mostrador de la recepción.

Yo recogí la tarjeta de llave, y Carlos tomó mi maleta y caminó hacia un corredor privado. “¿Otro corredor privado? Qué... extraño,” me dije. Llegamos a un ascensor que fue de un metal totalmente negro, pero reluciente. Me pregunté cuál era el material.

Carlos apretó el botón con número nueve, y el ascensor empezó a subir. Curiosamente, funcionó casi en silencio- ¡qué calidad de máquina! En unos segundos, llegamos al noveno piso, con solo dos habitaciones. Caminamos hacia la habitación a la izquierda. Pasé mi tarjeta de llave sobre la cerradura electrónica de la puerta, y giré el pomo para abrir la puerta. Entramos al vestíbulo y Carlos dejó mi maleta allí. Hizo una pausa para escuchar su auricular, y me dijo, “Señor, hay un carro que le espera. Parece urgente.”

Salimos de la habitación y bajamos a la planta baja. Cuando las puertas del ascensor abrieron, caminé rápidamente hacia la salida del hotel. Vi el mismo carro negro que me llevó al hotel, pero con un chofer femenino. Una choferesa, entonces. Como el primer chofer, ella se vistió con un traje negro, y abrió la puerta en silencio. Entré el carro, y ella cerró la puerta y volvió a entrar el carro.

Vinimos a un pequeño café en la calle Garay. La choferesa salió del carro, y yo también. Esta vez yo abrí la puerta- acostumbro a hacerlo yo mismo- y pisé sobre la acera negro y caliente. El letrero dijo “LA CAFETERÍA ARGENTINA.” Qué repetitivo y presunto, comenté para mis adentros, estamos en Argentina, ciertamente ésta es una cafetería argentina, y también, ¿cómo es esta cafetería *la Cafetería Argentina*? Ciertamente hay miles otras cafeterías en Argentina.

Entramos al café por la entrada posterior, donde estaba la cocina. Ella me llevó a una pequeña escalera, y bajamos al sótano. Yo empecé a mirar alrededor del oscuro sótano, y oí los pasos de la choferesa subiendo la escalera, y luego cerrando la puerta - con llave.

Mi ritmo cardíaco empezó a acelerarse. Sentí mi corazón latiendo como un tambor raro en mi pecho. Empecé a respirar rápidamente, a hiperventilar. “¡Me ha atrapado en el sótano!” yo grité. De repente, me desmayé.

Cuando me desperté, descubrí que, convenientemente, mi cabeza había caído sobre una almohada. Empecé a levantarme, pero no pude moverme. Súbitamente, vi algo cerca de un escalón y comprendí dónde estaba: la casa de Carlos Argentino y Beatriz Viterbo, la casa de la calle Garay, la casa dónde está el Aleph borgeano.

Miré hacia el Aleph. Era del tamaño de un pulgar, con un límite difuso. Miré fijamente al Aleph, y vi todo. Vi la Tierra y su flora exuberante. Vi un oso con sus ositos durmiendo en una cueva y vi una medusa rosada nadando en el mar azul. Vi una mariposa, bebiendo néctar reluciente de una flor de hibisco. Vi los números de matemáticas con forma física. Vi las sinapsis del cerebro, activándose con brillante intensidad. Vi la felicidad y el dolor. Vi el tedio y la realización. Vi la paz y el conflicto.

Vi la libertad.

Sentí lágrimas brotando de mis ojos, parpadeé, y miré de nuevo. Vi una legión de libres que cayeron simultáneamente, abriéndose y revelando un mar de letras finas y delicadas que se agitaban con ligero vigor. Vi unas montañas de arena azul claro que parecían palpitar como un corazón asustado, echando nubes espesas de polvo. Vi un arcoiris compuesto de varias gemas resplandecientes, que brillaron con toda la intensidad de un incendio forestal, hasta que se refundieron para formar una lámina negra como el carbón. Vi una loba dando de lactar a dos hermanos gemelos en una caverna fría y húmeda. Vi a un hombre y a una mujer compartiendo una manzana en un jardín lujuriente.

Un estallido de un trueno cambió el escenario. Vi una Tierra volcánica con aire lleno de azufre y ceniza, y con agua verde azulada ácida y burbujeante. La lava fluida se deslizó hacia la costa hasta contactar el agua, y emitió ondulantes nubes de humo que enturbiaron la vista. La multitud de volcanes comenzaron a retumbar, y luego eruptaron con magma ardiente y humo negro y espeso, cambiando el escenario otra vez.

Luego, a través del Aleph, me vi a mí mismo. Vi mi cara, con ojos fijados al Aleph. Vi mi cuerpo inmovilizado, con mi cabeza quedando sobre esa almohada humilde que Carlos Argentino dio a Borges, aquí en este sótano. Vi mis ojos, mirando el Aleph, viendo mis ojos a través de ese Aleph, que estaban mirando el Aleph, viendo mis ojos. Aprecié, en ese instante, la infinidad paradójica del acto de verme a través del Aleph, mirando el Aleph. Intenté concentrarme más en el Aleph, y vi mi cara, pero abstraída. Vi todos los instantes de mí, de Logan, todas esas caras, fusionadas en uno. Vi el verdadero Logan, la suma de toda mi vida: lo que pasó, pasa, y pasará.

Era muchísimo para comprender, y sentí una gran presión detrás de mis ojos. Los cerré.

Abro mis ojos y veo el blanco mate de la superficie de mi escritorio. Siento un material rugoso en la piel de mi mejilla derecha - ¿es la almohada? - no, es el papel del libro *El Aleph*. Levanto mi cabeza y veo la pantalla satinada apagada. Me había quedado dormido mientras escribía mi trabajo final de español.

Seguidamente, estiro el brazo y agarro la carta de invitación que llegó ayer. La saco del sobre y la miro. La página está vacía. La dejo sobre el escritorio y noto algo curioso: donde estaba mi cabeza mientras dormía, ahora está el Aleph.